

ACTAS DEL III CONGRESO IBERO-AFRICANO DE HISPANISTAS

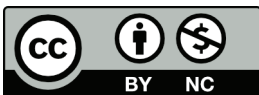
Noureddine Achiri, Álvaro Baraibar
y Felix K. E. Schmelzer (eds.)



Noureddine Achiri, Álvaro Baraibar y Felix K. E. Schmelzer (eds.), *Actas del III Congreso Ibero-Africano de Hispanistas*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2015. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 29 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-
NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-451-5.

LATINOAMÉRICA:
LA CARA MÁS AFABLE DEL ORIENTALISMO

Gihane Amin
Universidad de El Cairo (Egipto)

INTRODUCCIÓN

El orientalismo, como bien afirma Edward Said, es una invención occidental, reflejo de una actitud europea, para explicar el colonialismo, imperialismo y toda la maquinaria empleada para dominar el mundo árabe-musulmán y someterlo al yugo europeo, particularmente al francés e inglés. Este interés por un oriente profusamente documentado y de fronteras borrosas, que se extienden desde al-Ándalus hasta Turquía e incluso la India, pasando por el Norte de África y Medio Oriente, se acentuaría tras la campaña de Napoleón a Egipto y Siria. En el terreno literario, los escritores europeos empezaron a recrearse en determinados tópicos, como el exotismo, sensualismo o erotismo. Pues, para muchos artistas de la época, el orientalismo había sido una vía de escape, que les permitía dejarse llevar por sus deseos más ocultos, prohibidos dentro de sus propias sociedades, y soñar con ambientes promiscuos, en *hamams turcos* y harenes, rodeados de moras exuberantes.

Posteriormente, en el siglo xx, Estados Unidos pasa a ser el nuevo colonizador y el máximo representante de Occidente. Así, tras la caída de la Unión Soviética, el nuevo enemigo pasa a ser el Mundo Musulmán. Desde entonces «Oriente» y «Occidente» operan ya no sólo como mundos opuestos sino que además enfrentados. La literatura y sobre todo el cine norteamericano, ambientado o no en Medio Oriente, contribuiría en la distorsión y cosificación de lo árabe y musulmán en estereotipos que son fruto de una visión histórico-cultural a la vez que político-económica. Así, debido a interpretaciones prejuiciosas, los personajes árabes aparecerán como villanos,

tribales, traicioneros, propensos a la violencia o fanáticos religiosos que odian de forma visceral a Occidente.

En cuanto a Latinoamérica se refiere, su relación con el Mundo Árabe no es reflejo de una relación de poder entre colonizador y colonizados, ni hay intereses económicos de por medio. De ahí que su orientalismo siga otros rumbos, más próximos al encuentro cultural.

I. ORIENTALISMO HISPANOAMERICANO

Infinitos son los escritores hispanoamericanos que se sintieran atraídos por los temas árabes o motivos islámicos y los insertaran en sus obras de creación, no obstante, ello es debido a motivos de muy diversa índole. De ahí que sea necesario aclarar que la presencia del imaginario oriental forma parte de la realidad del Nuevo Mundo desde tiempos tan remotos como la Colonia, puesto que muchos de estos viajeros llevaban en sus genes herencia árabe. Como bien lo resume Sergio Macías, es de recordar que aproximadamente el 40% de los conquistadores eran andaluces; y es a través de estos primeros colonizadores que se mantiene el primer contacto con al-Ándalus y el Mundo Oriental.

Se conoce la cultura árabe tempranamente, con las primeras expediciones españolas y ya desde las *Crónicas de Indias*, los romances viejos y por influencia de obras literarias, como las de Cervantes, Quevedo, Góngora o el Arcipreste de Hita, se puede rastrear una serie de ideas muy positivas sobre al-Ándalus. Posteriormente, la masiva afluencia de inmigrantes del Másrheq, en su mayoría cristianos de Siria, Líbano y Palestina, instalándose colonias en Brasil, Argentina, Chile, Venezuela, Colombia, Cuba..., y que terminarían formando parte del mosaico nacional de casi todas las naciones también dejaría su impronta en las sociedades y literaturas latinoamericanas.

En otro orden de cosas, Hispanoamérica no participó del discurso orientalista del Siglo de las Luces, que había dejado una visión muy negativa de lo árabe y del Islam. De ahí que al hablar del orientalismo hispanoamericano haya que tener muy claro que se da dentro de un contexto político, cultural y social bien distinto; ni siquiera tiene un trasfondo ideológico.

2. LITERATURA DE VIAJES

Probablemente sea con el género de viajes que, durante el siglo XVIII, se comience a tener ciertos conocimientos sobre Medio Oriente. Obras como las de Volney, *Viaje por Egipto y Siria* (1788) y *Las ruinas de Palmira* (1791) empiezan a ser leídas en el continente. Al igual que el *Itinerario de París a Jerusalén* (1811) de Chateaubriand, *Viaje a Oriente* (1835) de Lamartine y *El Nilo. Cartas de Egipto* (1849) de Flaubert. Era conocida la pasión de la alta sociedad por dicho género, como el venezolano Andrés Bello y los argentinos Domingo F. Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, sin embargo, eran pocos los aventureros que podían permitirse el lujo de viajar a tierras tan lejanas. Entre otros, cabe citar al ilustrado Francisco de Miranda, venezolano, a los mexicanos José María Guzmán, Luis Malanco y José López Portillo, probablemente unos de los primeros hispanoamericanos en visitar Oriente Medio, ello durante la segunda mitad del siglo XVIII; a Francisco Michelena y Rojas, otro aventurero venezolano de principios del siglo XIX, al argentino Lucio V. Mansilla que realizó un viaje por la ruta del Pacífico, pasando por Egipto y el Mar Rojo; y al peruano Juan de Arona.

Otros que tuvieron la oportunidad de conocer Egipto fueron el cronista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, que publicó *La sonrisa de la esfinge. Sensaciones sobre Egipto*, y el modernista argentino, Ángel de Estrada, que tiene una crónica novelada titulada *La voz del Nilo*, además de 43 poemas de influencias orientales, recogidos en su poemario *Alma nómada*.

Ya por esas fechas, con la evolución del barco de vapor y del ferrocarril, los precios se abaratan, se empieza a ofrecer viajes organizados para grupos y aumentan las peregrinaciones a Tierra Santa. El mismo dictador mexicano, Porfirio Díaz, tras su derrocamiento, en 1913, realizó un viaje por Oriente. Este género no desaparece del todo. A pesar de los avances tecnológicos, pervive bajo otras formas, siendo una de las crónicas noveladas recientes la de *Oriente empieza en El Cairo*, del colombiano Héctor Joaquín Abad Faciolin.

3. ORIENTALISMO Y EXOTISMO

Con el advenimiento del Modernismo, anheloso de nuevas posibilidades estéticas, el orientalismo alcanza aspiraciones cosmopolitas y, mediante la vía del exotismo, se evoca un oriente onírico, lejano

y bello. Las traducciones españolas del *Kama Sutraa*, *Las mil y una noches*, y en menor medida la de *Rubaiyat* de Omar Khayyam motivaron a los artistas a encontrar nuevas y originales vías expresivas. Darío, por su sincrética de la religión, se queda encandilado con el mundo musulmán, con sus mezquitas y llamadas a la oración que «es de esas cosas que no se olvidan». En *Tierras solares*, afirma que «dan ganas de cambiar los zapatos por un par de babuchas» y murmurar con el muecín «sólo Dios es grande». Él, a su vez, compara la belleza de la mujer árabe con la de una *hurí* procedente del paraíso que promete Mahoma y de la mujer nicaragüense en *El viaje a Nicaragua* dice que ha heredado una especie de «languidez arábica». En el soneto *El Muecín*, el mexicano Amado Nervo se deleita en la descripción de un paisaje islámico y movido por el exotismo, en su poema «*Dixit Rex*», acusa a un Sidi de haber raptado a una infanta a tierras de la morería. El guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, en *Fez, la andaluza*, considera que el Corán más que una biblia es una enciclopedia del Islam y critica el desconocimiento que tiene Occidente de dicha religión. A Vicente Huidobro no solo le llegan las imágenes orientales por influencia de Darío, sino también a través de Adolfo Bécquer, Mallarmé, Baudleaire, Verlaine y Rimbaud. En «El lirio Susanie» afirma que el lirio es una flor «Nacida en un alcázar encantado. / Una flor de mezquita, una flor mora, / Hecha para reinar en el turbante / Del árabe lujoso que la adora». En el argentino Leopoldo Lugones, su predilección por la poesía musulmana se ve claramente en *El hombre orquesta*, *El Turco*, *Romance del rey de Persia* y sobre todo en *Las tres Kasidas*, donde, en la *Kasida* III, consigue recrear la forma de la poesía árabe¹.

Pasada la etapa modernista, la percepción del mundo musulmán y árabe seguirá siendo bastante positiva. Además de los motivos mencionados en líneas anteriores, ello es debido a estancias de los propios escritores hispanoamericanos en España o en Oriente, y también por haberse formado una generación de escritores latinos

¹ En el siglo xx, habrá más de un escritor que se sientan atraídos por la poesía árabe, como el venezolano Carlos Contramaestre, que siente especial predilección por Darwich. Admirador del gran poeta Nizar Kabbani, lo fue el boliviano Pedro Shimose, quien le dedica su poema «Paráfrasis a un poema de Nizar Kabbani» que forma parte de su obra *Quiero escribir, pero me sale espuma*. Alberto Baeza Flores, en su obra, *Siempre la vida*, le dedica su poema «Por tanto tiempo amor estoy unido», a Gibrán Khalil Gibrán.

de origen árabe; como es el caso del venezolano José Antonio Ramos Sucre, gran admirador de la España musulmana y que tiene varios relatos que tratan la temática musulmana. Entre otros citamos *El buhonero de Galata*, *El favor* y *El musulmán*. Del colombiano Guillermo Valencia y su poema «El camello robado» del libro *Catay*, en el que invoca a Allah y al Corán. Tampoco podemos dejar en el tintero a escritores del calibre de los cubanos Alejo Carpentier y José Lezama Lima. Éste en su obra póstuma *Oppiano Licario* hace incursiones metafísicas en el concepto de la muerte y en las diferentes interpretaciones que hacen de la misma la cultura árabe y la occidental. Pero no cabe la menor duda de que es Borges el conocedor por excelencia y mejor intérprete del bagaje oriental. Siendo *Las mil y una noches* su libro de cabecera, la presencia árabe y musulmana es notable, sutil y profunda. De ahí que sus relatos suelen ir encabezados con citas del Corán, estar localizados en Alejandría, Babel o la Alhambra, o aprovechar las posibilidades estéticas y sonoras que le brindan nombres como Mahoma, el Bojarí, Omar Kayyán, Averoes, Almostásim, Jalil o Abenjacán Abulcasim de Hadramí.

4. CIUDADES ORIENTALES

Para muchos, su contacto con Oriente empieza en Andalucía, cuyas ciudades y calles siguen rezumando esencia mora y donde los escritores sintieron nostalgia por un pasado glorioso. A través de sus mezquitas y alcázares, revivieron épocas pretéritas y describieron la grandeza milenaria de una civilización que a lo largo de la Edad Media había sido cuna de la civilización árabe. Como José Martí, quien desterrado a España, en al-Ándalus descubre el patrimonio de una cultura de la que él ya de por sí era gran admirador. El colombiano José María Samper quien, en sus crónicas de viajes, *Impresiones de la vida española*, afirma que en Córdoba conoció al duque de Almodóvar, descendiente de Boadil, último rey moro de la dinastía nazarí de Granada. El argentino Ricardo Rojas que, en *Córdoba fronteras de siglos*, no percibe más que sombra de lo que antaño fue una gran civilización. El puertorriqueño Luis Llórens Torres que nutre sus poemas de la inalcanzable belleza andalusí y su primer libro de poesía lo titula *Al pie de la Alambra*. El dominicano Pedro Henríquez Ureña que, en *Ciudades Españolas*, se queda hechizado con Córdoba y Granada. El colombiano, Álvaro Mutis que, en el

poema «Una calle de Córdoba», le canta a las chilabas, que vuelven después de cinco siglos para devolverle los tiempos de al-Ándalus. El venezolano Arturo Uslar Pietri que, en *El Guadalquivir*, dice que Córdoba es el corazón de Occidente. El costarricense Vicente Urcuyo Rodríguez que, en *De Levante hacia Andalucía*, se siente embebido por el paisaje, la historia y el legado árabe.

Aunque para muchos Oriente se reduzca a al-Ándalus, otros sí llegaron a describir por medio de sus obras países del Norte de África o incluso de Oriente Medio. Si bien es cierto que la vinculación poética de escritores como el chileno Gonzalo Santelices con la cultura árabe y que plasma en su *Nocturno en Marrakesh* no va más allá de sus lecturas. La mayoría de los escritores sí conocieron de primera mano la realidad en la que se inspiraron; como Guillermo Trejo, que tiene en su haber varios artículos en los que describe su viaje a Marruecos. El guatemalteco Marco Antonio Sagastume Gemmell, que de Marrakech habla en varios artículos suyos y en su cuento *El Encantador de la Historia* con todo lujo de detalles describe la plaza de Fenaá. A Luis Cardoza, el Góngora guatemalteco, en *El río*, le place ver que los pueblos árabes seguían conservando su identidad, que aún no había sido adulterada por los turistas. El argentino Roberto Arlt que, en *Aguafuertes españolas* y en *El criador de gorilas*, a pesar de que las costumbres moras le parecieran un poco bárbaras, recuerda felizmente su estancia en Tetuán. En cuanto a Alberto Ruy Sánchez, en Mogador, una bellísima ciudad costera más soñada que real, encontró su propio realismo mágico.

El boliviano Oscar Cerruto, un apasionado de la historia y del legado andaluz, visitó el Sahara y conoció a los *tuareg*, los hombres azules, lo que le inspiró para escribir su poema «La muerte». Y el chileno Alberto Baeza Flores, de la generación del 38, que define a España, en *Mapa emocional de España*, como la «España de las lunas árabes». Y en su *En El Cairo*, refleja su gran amor por Egipto y su historia, que recorre a través del Nilo. José Martí también se sintió atraído por países exóticos y lejanos como Egipto o Persia, pero si los menciona es para contraponerlos con su tierra natal. Lo desconocido *versus* lo conocido; dando siempre preferencia al terruño, a lo propio.

5. PERSONAJES ÁRABES EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Otra característica muy propia de la literatura hispanoamericana es la de reflejar por medio de su creación literaria la realidad del emigrante árabe. Si con el Modernismo, en la poesía, predominaban ambientes exóticos, con el Realismo, en la novela, empezarán a aparecer personajes secundarios e incluso principales de origen árabe. En *Cien años de soledad* se cuenta que los primeros que fueron a vivir a Macondo eran comerciantes árabes, conocidos con el calificativo de turcos. También a Salim se le conoce como el turco en *La manifestación* y en *Don Abdel Salim, el burlador de Domínico*, del argentino Jorge Asís. Es de recordar que en muchos países como es el caso de Argentina, Brasil, Santo Domingo, Cuba, entre otros, indiferentemente se emplea el término árabe y turco; y a veces aunque en menor medida no se distingue entre lo árabe y lo musulmán. Esta confusión, aparece en *El señor presidente* de Asturias, en *La casa verde* y en *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa y en «El príncipe del Líbano» de Ricardo Palma, quien además da una visión estereotipada y negativa de los árabes: «acordándose de que era musulmán, se le despertó el apetito por las muchachas, enamorándose a la vez como lo que era, es decir, como un turco, de dos huríes limeñas». Probablemente su enfoque sea debido a que en la sociedad hispanoamericana del siglo XIX, a los árabes no se les tenía en gran estima, la mayoría eran pueblerinos y solían ser comerciantes de baratijas y de ropa interior femenina. De ellos dice Márquez, en *Crónica de una muerte anunciada*: «Los árabes constituían una comunidad de inmigrantes pacíficos que se establecieron a principios del siglo en los pueblos del Caribe, aun en los más remotos y pobres, y allí se quedaron vendiendo trapos de colores y baratijas de feria». El enfoque del colombiano Luis Fayad es completamente distinto, en *Los parientes de Ester*, novela que gira en torno a una familia de comerciantes de origen árabe, habla de las dificultades de sufren los inmigrantes: «pero es hijo de turcos —aclaró Mercedes— o de libaneses, como dices tú. Si fuera bogotano no le faltaría nada». Asimismo Rómulo Gallegos, en *Los emigrantes*, trata la historia de varias familias que emigraron a América y se dedicaron al comercio. El autor los llama turcos, aunque entre ellos aparezcan árabes y libaneses. En Álvaro Mutis, lo árabe figura tanto en su poesía como en su narrativa. En *Empresas y Tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, nos da a conocer a Ab-

dul Bashur, soñador de navíos, y a su pequeño Jamil. En *Las hojas muertas* de la mexicana Bárbara Jacobs, aparece una familia de emigrantes libanesa. En el cuento policiaco «Doce figuras del mundo» firmado por H. Bustos Domecq, se hace referencia a la secta de los drusos. Y el protagonista *Oppiano Licario* de José Lezama Lima es un tunecino llamado Cidi Galeb. Un paso más lo da Alberto Ruy Sánchez en *Los nombres del aire* quien, a través de su personaje femenino Fatma, que representa el deseo carnal, la sensualidad y el amor, profundiza en la esencia humana. Para darle mayor credibilidad a su relato, el escritor lo apoya con citas de Ibn Hazm, el cordobés.

Si en Cuba, la presencia árabe con ser insignificante, dicha cultura atrajo a más de un escritor. Como es el caso de Antón Arrufat con *La caja está cerrada* y de Ernesto Gómez Abascal con *El enviado del sultán*. En la novelística mexicana y chilena, se da lo que podríamos calificar de relatos de inmigrantes, de escritores en su mayoría de origen árabe y cuyas obras se preocuparon por dejar constancia de llegada de los inmigrantes libaneses a América, sus vicisitudes y posteriormente su integración a la cultura mexicana. Tal es el caso de *Las tres primeras personas* de Héctor Azar, *Las hojas muertas* de Bárbara Jacobs, *En el verano, la tierra y Memoria* de Líbano de Carlos Martínez Assad, y *Don Simón, el libanés* de Guillermo Sánchez de Anda. Del Cono Sur son *El valor de vivir* de Ema Cabar Kunkar, *Los turcos* de Roberto Sarah Comondari, *El viajero de la alfombra mágica* de Walter Garib y *Peregrino de ojos brillantes* de Jaime Hales. De la mujer se hacen eco *Nahima, la larga historia de mi madre* y *Fadua* de Edith Chahí y *Raíces de arena y olivo* de Alicia Jacobs.

Gracias a dichos relatos también podemos conocer muchos hábitos árabes. Luis Cardoza, uno de los precursores de la literatura moderna, en más de una obra suya hace referencia a las costumbres moras, como en *Fez, ciudad santa de los árabes*. Mientras que en *El coronel no tiene quien le escriba*, a través del sirio Moisés «forado hasta el cráneo» y que pertenecía a una generación que empezaba a perder el uso de su lengua materna se hace alusión aunque de forma somera a lo árabe —«los turcos no entienden de esas cosas»— y a la buena convivencia entre ambas comunidades. En *Crónica de una muerte anunciada*, Santiago Nasar, suele hablar en árabe con su padre. También da a conocer costumbres musulmanes como la de criar corderos en lugar de cerdos. La chilena Isabel Allende, al referirse al personaje Riad Halabí, en *Eva Luna*, deja constancia de que los musulmanes

no beben alcohol y en otro pasaje de la novela emplea la palabra *Alá* en lugar de Dios. Aunque ella coincide con Sarmiento y Arlt, al considerar que ciertas costumbres —atribuidas erróneamente a los árabes— son más bien propias de salvajes: «buscar a su primo hasta dar con él para amputarle los genitales y metérselos en la boca, de acuerdo con la tradición de sus antepasados».

6. EL ORIGEN ÁRABE DE LOS LATINOS

Abundan los estudios científicos², en su mayoría hechos por escritores hispanoamericanos de ascendencia árabe, como es el caso del boliviano Eduardo Mitre, que escribió un libro de poesía titulado *El Peregrino y la Ausencia*. Los argentinos Rafael Nasta y Jorge Isaías que, en *Hojas sueltas y Oficios de Abdul*, festejan respectivamente la llegada de sus antepasados a Argentina. Los chilenos Walter Garib que, igual que Mahfud Massís en *El viajero de la alfombra mágica* recuerda sus orígenes, y Benedicto Chuaqui, quien afirma que las costumbres de sus antepasados de Homs le perseguían en su nueva tierra. Tiene en su haber un libro autobiográfico *Memorias de un emigrante*, en el que cuenta las fases de la emigración, el rechazo y posterior integración. El autor de *Civilización y Barbarie* afirma que muchas de las costumbres latinas revelan el contacto de sus padres con los moros de Andalucía. Mientras que Octavio Paz, en *El ogro filantrópico*, afirma que la imagen del caudillo mexicano es de origen hispanoamericano, español y puede incluso que árabe. A su vez, piensa que las sangrientas luchas entre conservadores y liberales durante el periodo de la independencia no son más que «una manifestación, otra más, del patrimonio hispano-árabe». Por su lado, el peruano César Vallejo, en un artículo suyo sobre «Madrid: la vida ideal de la ciudad», afirma que los españoles heredaron de la sangre árabe la siesta y la tranquilidad.

² Se han publicado infinitos libros, bastante interesantes, que analizan la influencia árabe en el continente, como el de Matías Rafide o el de Sergio Macías. Otros que también divulgaron el interés por la cultura árabe son la ecuatoriana Piedad Larrea Borja quien da a conocer al poeta Abenhazam de Córdoba, la chilena María Olga Samamé Barrera o la puertorriqueña Luce López-Baralt. Paralelamente diversas universidades hispanoamericanas empezaban a desarrollar un pensamiento más científico a través de distintos departamentos especializados en el Oriente Medio, como es el caso de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Buenos Aires o la Universidad del Salvador.

7. CRÍTICA AL IMPERIALISMO OCCIDENTAL

El apóstol de la independencia cubana, José Martí, en *Los moros de España*, de *La Edad de Oro*, le dice a los suyos: «seamos moros ante la dominación española». Su posición anticolonialista y su conciencia política le mueven a ponerse de parte de las rebeliones árabes y africanas. Por eso, en *La revuelta en Egipto*, defiende la lucha de dicho pueblo para independizarse de los británicos. También es muy interesante su artículo, publicado en *La Opinión Nacional* el 18 de enero de 1882, en el que lanza una acerba crítica en contra de los intereses occidentales. Enemigo de toda dominación extranjera, contra la colonización española de Melilla afirma que jamás cede una raza oprimida. En *El coronel no tiene quien le escriba*, García Márquez hace que el tiempo de la narración coincida con la fecha de nacionalización de canal el Suez en 1956. Y Carlos Fuentes, en su novela policiaca, *La cabeza de la hidra*, dentro de un mundo de aventuras y espionaje, trata el tema de la guerra árabe-israelí, el conflicto de Palestina, la ocupación y la injusticia que sufre el pueblo palestino por parte de las autoridades israelíes.

Las posturas anticoloniales también las expresaron políticos de la talla del Che Guevara, revolucionario por naturaleza, que conoció en persona a Gamal Abd El Nasser y apoyó las independencias de los países africanos. Hoy, tras medio siglo de su desaparición, su figura sigue viva entre el pueblo árabe. En Venezuela, desde que Chávez llegó al poder su país ha ido estrechando lazos con el Mundo Árabe, política que está siendo seguida por otros países latinos, buscando una cooperación Sur-Sur, lejos de la influencia americana.

CONCLUSIÓN

De lo arriba expuesto, queremos dejar claro que aquel antagonismo o enfrentamiento visceral entre Oriente y Occidente no es más que mero producto europeo —siglo XIX— y norteamericano —siglo XX—. Al hablar del orientalismo latinoamericano, hay que tener muy claro que se da dentro de un contexto muy distinto. No sólo porque Hispanoamérica se aproxima a Oriente sin aquel espíritu de confrontación, sino que invita a incrementar las perspectivas del encuentro entre ambas culturas. Y también porque desde que el continente americano abrió sus puertas a la inmigración, logrando

fusionar —con ciertas adaptaciones o modificaciones— el bagaje cultural que traían consigo los emigrantes del Másrheq, la presencia árabe se siente por su propio peso. La que con ser tardía, sólo empieza en la segunda mitad del siglo XIX, caló hondamente en la literatura y reavivó esa cercanía espiritual hispano-arábiga.

En el terreno literario, de una atracción meramente exótica, el motivo árabe, poco a poco ha ido ganando mayor espacio y, de meros personajes secundarios, pasaron a ocupar el primer plano y ser personajes principales. Si antes aparecían como vendedores ambulantes de baratijas, aferrados a su cultura y lengua, luego, con las segundas y terceras generaciones, se les empieza a describir como una comunidad bien asentada, pacífica, unida y laboriosa. Aunque sigamos esperando más de la literatura podemos afirmar que en Hispanoamérica no hay moros en la costa, todos forman parte del crisol de razas del Nuevo Mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Ararou, Ahmed, «Borges y el corpus orientalista», *Magribería*, 6/7, 2013, pp. 59-65.
- Cánovas, Rodrigo, *Literatura de inmigrantes árabes y judíos en Chile y México*, Madrid, Vervuert, 2011.
- Barrera, María Olga Samamé, *Presencia árabe en la literatura hispanoamericana: el caso de Chile*, Madrid, Casa Árabe, 2008.
- Gasquet, Axel, «El orientalismo argentino (1900-1940). De la revista *Nosotros al Grupo Sur*», *Latin American Studies Center*, 22, 2008, pp.1-34.
- Iglesias, Enrique V., *Contribuciones árabes a las identidades iberoamericanas*, Madrid, Casa Árabe, 2009.
- Macías, Sergio, *Presencia Árabe en la Literatura Latinoamericana*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1995.
- Macías, Sergio, *Marruecos en la Literatura Latinoamericana*, Ministerio de la Comunicación, Rabat, 2000.
- Nagy-Zekmy, Silvia, «Prácticas Orientalistas en la Literatura Latinoamericana», en *Moros en la costa. Orientalismo en Latinoamérica*, ed. Silvia Nagy-Zekmy, Madrid, Iberoamericana, 2008, pp. 11-24.
- Rafide, Matías, *Escritores chilenos de origen árabe*, Santiago de Chile, Instituto Chileno-Árabe de Cultura, 1989.
- Said, Edward, *Orientalismo*, Madrid, Libertarias 1990.
- Taboada, Hernán G. H., «Un orientalismo periférico: viajeros latinoamericanos, 1786-1920», *Estudios de Asia y África*, 33, 1998, pp. 285-305.

- Taboada, Hernán G. H, «Los orientales y el nombre», *Estudios de Asia y África*, XLV, 2010, pp.201-208.
- Tinajero, Araceli, *Orientalismo en el Modernismo Hispanoamericano*, United States of America, Library of Congress Cataloging in Publication Data, 2004.
- Torres Ramírez, Bibiano, *Los Conquistadores Andaluces*, California, Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978.